

Activismos feministas *queer/cuir*

Más allá de las identidades
y frente a la polarización actual

Gracia Trujillo Barbadillo
gtrujillo@ucm.es

Quienes nos mantenemos firmes fuera del círculo de lo que esta sociedad define como mujeres aceptables; quienes nos hemos forjado en el crisol de las diferencias, o, lo que es lo mismo, quienes somos pobres, quienes somos lesbianas, quienes somos trans, quienes somos negras, quienes somos viejas, sabemos que la supervivencia no es una asignatura académica (...). La supervivencia es aprender a asimilar nuestras diferencias y a convertirlas en potencialidades.

AUDRE LORDE (1984/2003)

No podemos hablar de «lo queer» sin referirnos a los activismos de calle. Tampoco podemos pensar en estos activismos sin hablar de la crisis del SIDA de los ochenta y la crítica lesbiana al «heterofeminismo», como lo llamó Monique Wittig. Al mismo tiempo, en los años setenta ya hay «marcas para pensar lo queer», como escribe Facundo Saxe (2005: 47) refiriéndose al contexto de Estados Unidos y al pensamiento de precursoras de estas teorizaciones, como la chicana Gloria Anzaldúa. Aquí también tenemos esas «marcas» en la década de los 70: no hay más que leer, por ejemplo, los manifiestos de los Frentes de Liberación Homosexual para encontrar infinidad de elementos comunes entre aquella radicalidad y la posterior de la década de los noventa¹.

Comienzo este artículo mostrando la importancia de ir tejiendo los hilos de las genealogías feministas y de las disidencias sexogenéricas en nuestro contexto. Conocer estos recorridos es fundamental para analizar (y entender) la vuelta en

1. En este texto continúo el análisis y las reflexiones que recogí en *El feminismo queer es para todo el mundo* (Ed. Catarata, 2022).

estos últimos años a los discursos sobre «el sujeto político» del feminismo y los combates actuales (más que debates, ya nos gustaría) en los feminismos. Este breve análisis concluye con una invitación a pensar colectivamente en cómo salir del escenario de polarización que atravesamos (ese «conmigo o contra mí»), y de los intentos de enfrentar a movilizaciones «hermanas» como la protesta LGTBI+ *queer* y la feminista.

RECORRIDOS ACTIVISTAS EN NUESTRO CONTEXTO

En las críticas actuales a «lo *queer*» (que no suelen, por cierto, mencionar ninguna autora ni trabajo *queer*), esta expresión aparece ligada al individualismo, a algo que encaja muy bien en el contexto neoliberal. Si pensamos en «lo *queer*» como una lucha antirracista, anticapitalista, anticapacitista, etc., esto difícilmente encaja en el neoliberalismo, más bien todo lo contrario. Otra cosa es que estemos pensando en la *London queer fashion week*, o en la serie *Queer as folk*, por mencionar un par de ejemplos de usos de «lo *queer*» desde (y fagocitados por) el mercado: en ellos, «queer» estaría más cerca de ese encaje, desde luego.

Es necesario, por tanto, clarificar qué entendemos por «queer», qué ha pasado en nuestro contexto con los grupos *queer*, cuándo surgieron, qué demandas les han movilizado (y movilizan) en la calle, qué alianzas han desplegado a lo largo de los años, etc. A finales de la década de los ochenta, las políticas identitarias articuladas en torno a los sujetos «mujer» o «gay» excluían a la mayoría de los grupos sociales a los que decían representar. *Queer* (término despectivo que alude a la desviación de la norma sexogenérica, a ser una persona rara, diferente) es la etiqueta de la que se apropiaron entonces los gais pobres, las lesbianas negras, las personas seropositivas –ese «lumpen del proletariado» de los movimientos (utilizando la expresión de Virginie Despentes)–, para demandar, desde esos márgenes, un espacio y una voz propia en las movilizaciones. Una crítica similar fue a la que se enfrentó el movimiento de mujeres estadounidense; como le recordó bell hooks a Betty Friedan, la clase y la raza no estaban en su análisis de *La mística de la feminidad*, publicado en 1963, como no estaban las necesidades y demandas de las mujeres pobres y negras (y lesbianas y trans) en los discursos y movilizaciones feministas. Barbara Smith (1983) alertó asimismo del peligro de jerarquizar las opresiones, cuando lo que existe en la realidad social son múltiples «sistemas de opresión» que actúan de manera simultánea. Esas mismas opresiones entrecruzadas de raza, clase y sexualidad son las que denuncia, años después, la boliviana María Galindo (2013), una de las cofundadoras de Mujeres Creando².

2. <http://mujerescreando.org>.

En nuestro contexto, lo *queer* no es un producto importado del mundo anglosajón, sino que las múltiples influencias de las que bebe se articulan y reformulan en –al tiempo que problematizan– el espacio y la política local³. En el Estado español, el término *queer* aparece por vez primera en el número tres de la revista *De un plumazo* del grupo La Radical Gai (LRG), que en 1993 se define como «queerzine». En 1994, Lesbianas Sin Duda (LSD) utiliza en su fanzine *Non Grata* la expresión «yo soy *queer*, soy diferente». Estos activismos *queer*, que retomaron la radicalidad de los años setenta (Trujillo, 2008), fueron, a su vez, el preámbulo del transfeminista, el posporno, el pornopunk, el transmaricabibollo, etc., que despegó en la década siguiente del siglo XXI: una constelación de grupos, como las Medeak en Euskadi, las gallegas Maribolheras precarias, La acera del frente y el Grupo de Trabajo Queer (GTQ) en Madrid, las Post -op o La Guerrilla Travolaka en Barcelona, etc., que ha ido sumando otros muchos hasta hoy en día.

Los grupos cuir (GTQ, entre ellos) y las lesbianas feministas de Barcelona fueron de las pocas voces críticas que cuestionaron que la prioridad política del movimiento LGTBI fuera el matrimonio (y no una ley estatal de parejas de hecho, que se había planteado en los noventa). El marco de la protesta fue entonces el de la igualdad y los derechos humanos, y los discursos del movimiento *mainstream* se fueron desexualizando (CALVO Y TRUJILLO, 2011), mientras se subrayaban ideas como la «normalización» de la diferencia sexual, opuestas totalmente al ideario *queer*.

QUEER NO ES LO MISMO QUE «ELEGETEBÉ»

Los grupos *queer* comparten la crítica a las políticas identitarias y las exclusiones que estas en ocasiones generan, al tiempo que hacen un uso estratégico, de manera puntual, de las identidades (esto es a lo que Gayatri Spivak se refirió en 1987 como «esencialismo estratégico»); la lucha contra el binarismo de género y sexual; la autonomía política; y la idea de que la cuestión prioritaria no es la demanda de derechos y la negociación institucional, sino la batalla cultural en la calle. Son grupos de organización asamblearia, autogestionados, críticos con las múltiples diferencias (de clase, de raza, de etnia, de estatus legal, de edad, de capacidad, etc.), y con el movimiento LGTBI+ *mainstream*, institucionalizado y centrado, en líneas generales, en los avances legales. En el caso del Estado español, la obtención de derechos como el mencionado del matrimonio «igualitario» o la adopción por parte de personas LGBTI+ ha permitido a la gente que quería disfrutarlos que lo hiciera, y que sus parejas tengan un respaldo legal. Al mismo tiempo, ha supuesto una desmovilización importante del movimiento LGTBI+ moderado (no ha

3. Sobre esta y otras cuestiones se puede consultar *El eje del mal es heterosexual. Figuras, movimientos y prácticas feministas queer*, en el que participamos, entre otras, las integrantes del Grupo de Trabajo Queer, y que publicó en 2005 la editorial Traficantes de Sueños en versión *copyleft*.

sucedido lo mismo, en general, con los grupos transfeministas y *queer*), mientras que ciertos sectores (conservadores y no solo) siguen difundiendo la idea de que la gente no cishetero ya hemos conseguido todo lo que demandábamos («¿qué más quieren, si ya pueden casarse?»), como si no nos afectaran múltiples cuestiones como la política de la vivienda, la precariedad laboral o los recortes en la sanidad y educación públicas.

El impacto de los grupos *queer* en los más institucionalizados ha sido, por otra parte, bastante destacado. Como escribió Leandro Colling (2019), las perspectivas *queer* han contaminado a los colectivos LGTBI+ mucho más de lo que las activistas imaginamos. Los activismos más moderados se han ido, en general, acercando a los más radicales en algunas cuestiones como la crítica a los binarismos de género y sexuales, o a la cisheteronormatividad. Pero las diferencias continúan (entre los activismos *queer* y los institucionalizados, y también dentro de estos mismos a su vez), y se hacen evidentes en algunas cuestiones como el de la afirmación de las identidades, entre otras. En este sentido, Colling (2019) muestra en su investigación sobre el activismo *queer* y LGTBI+ en clave comparada en cuatro países (Argentina, Chile, Portugal y España) que la percepción de que el activismo *queer* es antidentitario o contrario a las identidades es falso. Por el contrario, el activismo *queer* llega a ser, en determinadas ocasiones, incluso hiperidentitario con las identidades más marginalizadas como las personas trans, las *butch* o bolleras masculinas, las maricas afeminadas, las no binarias, etc. *Queer*, de hecho, también se ha activado como un lugar de confluencia multidentitaria.

En definitiva, las políticas identitarias han sido (y siguen siendo) importantes a la hora de obtener avances legales y, al mismo tiempo, las aportaciones teóricas *queer* nos han resultado muy útiles para analizar, desde prismas diferentes, temas como el trabajo sexual, la reproducción y el parentesco no cisheterosexual, las múltiples violencias que supone la categoría «género», etc. Las teorías y prácticas políticas *queer* no solo giran en torno a esas *otras* identidades sexogenéricas y *otras* expresiones de género, sino que lo hacen con una mirada interseccional: cómo la clase social, el estatus migratorio, la capacidad, la raza, la etnia, la edad se entrecruzan, y cómo estos cruces se traducen en que haya unas vidas más *vivibles* que otras, dependiendo de los privilegios (o no) que tengamos.

«AQUÍ ESTÁ LA RESISTENCIA TRANS»

Igual que «lo *queer*» supuso en los años noventa una reactivación de los feminismos (gracias, entre otras cosas, al relevo generacional), el transfeminismo, aglutinado en sus inicios en torno a la campaña internacional STOP Patologización Trans-2012, reactivó a los grupos *queer/cuir* (TRUJILLO, 2022). La campaña, iniciada en 2008 e impulsada en nuestro contexto por la Red por la Despatologización de las Identidades Trans del Estado español, tenía como objetivo que la transexualidad

se retirara de los manuales de enfermedades mentales y se reconociera el derecho a cambiar el nombre y sexo en los documentos oficiales, sin tener que pasar ninguna evaluación médica ni psicológica, como exigía la Ley de identidad de género de 2007. A estas demandas hay que sumar la transfobia en el ámbito sanitario, educativo, en los medios de comunicación, etc., y las agresiones que sufren las personas trans.

En 2009, los grupos que se autodenominaron transfeministas leyeron su *Manifiesto para la insurrección transfeminista* en las Jornadas Feministas Estatales celebradas en Granada (ciudad donde se habían organizado treinta años antes, en 1979)⁴. El término *transfeminismo* se había utilizado ya en las Jornadas Feministas Estatales celebradas en Córdoba en el año 2000, en dos ponencias: «El vestido nuevo de la emperatriz», del Grup de Lesbianes Feministes de Barcelona, y en «¿Mujer o trans? La inserción de las transexuales en el movimiento feminista», de la pionera trans* Kim Pérez, pero 2009 fue el punto de inflexión de muchos procesos que venían gestándose en aquellos años. El «concepto 'transfeminista' fue reivindicado por algunos colectivos trans-bollo-marica-feminista surgidos en el Estado español, argumentando que 'suenan mejor en castellano que el término *queer*'» (SOLÁ, 2013: 19). El término *transfeminismo* se difundió en su momento también porque conservaba la referencia al feminismo; es cierto que *transmaricabollo*, que se va a ir asimismo utilizando en aquellos años, recoge la connotación original, malsonante, de *queer* (no es lo mismo decir *transmaricabollo* que *LGTBI*). En todo caso, *transfeminista*, *transmaricabollo*, *queer/cuir*, *kuir*, etc., aluden a la misma constelación de activismos radicales, de base, autogestionados, anticapitalistas y antirracistas.

El transfeminismo se considera heredero del feminismo radical (y, como este, defiende la no jerarquía dentro del movimiento, la interseccionalidad de las luchas, las micropolíticas), y también se ha visto influido por la lucha travesti latinoamericana. El prefijo *trans* hace referencia a las personas transexuales y transgénero, y también a la necesaria *transversalización* de luchas, el *transitar* las diferentes opresiones, *transfronterizo* contra las actuales políticas migratorias, el ser *transformador*. Las reivindicaciones políticas de los grupos y redes transfeministas apuntan a la necesidad de acabar con los binarismos sexogénicos y las exclusiones que producen, y ponen en el centro la experimentación sexual en múltiples corporalidades (como se puede ver en las *performances* de Post-op, por ejemplo), reclamando una sexualidad placentera para otros cuerpos y una mirada crítica con el cisheterosexismo, el racismo y el capacitismo⁵. Cuestiones centrales son también los derechos de las trabajadoras sexuales, la crítica a la monogamia

4. El *Manifiesto Transfeminista* de la RedPutabolloNegraTransFeminista se puede leer en: https://sindominio.net/karakola/IMG/pdf_Manifiestofinal2.pdf.

5. Sobre diversidad funcional, véase Robert McRuer: *Teoría crip. Signos culturales de lo queer y de la discapacidad*, cuya versión en castellano publicó Kaótica Libros en 2021. El documental *Yes, we fuck* (2015) o los vídeos posporno *Nexos* o *Habitación*, entre otros, giran en torno a las sexualidades y las personas con diversidad funcional.

como única forma de organización de los deseos y los afectos, la gordofobia, el antiespecismo y esa otra pornografía posible y autogestionada, el posporno. A todas estas demandas hay que sumar la reivindicación de poner los cuidados y la vida en el centro, siendo conscientes de nuestra inter- (y eco-) dependencia, condiciones fundamentales en nuestra pelea por unas vidas *vivibles*.

Tras el encuentro transfeminista de Barcelona (abril de 2010) se fue evidenciando el distanciamiento de los grupos transfeministas del activismo por la despatologización trans. Sam Fernández y Aitzole Araneta (2013: 46) apuntan a «un corte en dos periodos de la historia del movimiento trans(feminista): el surgimiento y consolidación del movimiento trans prodespatologización (2006-2010), y la consolidación del movimiento transfeminista (2010-2013)». Unos años después, en 2018, se organizaron las jornadas «Una revuelta trans» en Barcelona, planteadas como una apuesta por el diálogo y una celebración de los años de lucha colectiva, que continúa hoy tras estos años de pandemia, que ha dejado a los grupos y redes muy atomizados.

Al hilo de la genealogía radical hay que sumar los orgullos críticos que llevan en marcha unos años ya en ciudades como Madrid o Barcelona, denunciando la mercantilización de la manifestación del orgullo («nuestros derechos no son un negocio»), y fenómenos como el *pinkwashing* o el homonacionalismo⁶. En Madrid, el germen de Orgullo Crítico fue el Bloque Alternativo para la Liberación Homosexual (BALS), que se organizó en 2007 como respuesta al Europride y que englobaba varios colectivos como GTQ, Panteras Rosas, Towanda, Liberación, RQTR y el colectivo feminista Lilas, entre otros. A lo largo de estos años, esta plataforma se ha ido llamando de diferentes maneras, además de Orgullo Crítico: Indignado, coincidiendo con el comienzo del 15-M, o Toma el Orgullo después. Una de las cuestiones que nos planteamos en sus inicios, y así hicimos, fue recuperar la fecha del 28 de junio, cargada de simbolismo activista a escala internacional, para celebrar nuestra manifestación de protesta frente a la oficial, que en esos años ya comenzaba a ser invadida por una multitud de carrozas de bares y empresas gais, el llamado «capitalismo rosa», que nos dejaba poco espacio a los grupos políticos. En los Orgullos Críticos, las migrantes racializadas nos han interpelado a las blancas, con una llamada a estar atentas al racismo y la colonialidad que en ocasiones se reproducen en nuestras propias prácticas políticas⁷.

6. <https://orgullocritico.wordpress.com>.

7. Véase *No existe sexo sin racialización*, del colectivo Ayllu (2017).

AVUELTAS (DE NUEVO) CON EL SUJETO POLÍTICO DEL FEMINISMO

En los últimos años un sector del feminismo ha retomado el debate del sujeto político de la movilización feminista de manera interesada para volver a dibujar los contornos de la identidad «mujer», utilizando (para la sorpresa de muchas de nosotras) el discurso del sexo biológico. Esta cuestión lleva, no obstante, ocupando unas décadas al feminismo. Tanto desde la reflexión teórica (autoras como Monique Wittig, Adrienne Rich, Teresa de Lauretis, Gloria Anzaldúa y Judith Butler, entre otras muchas) como desde la protesta en las calles, el sujeto político feminista se ha ido –felizmente– ampliando desde los años ochenta de *la Mujer* inicial a las mujeres, en plural (TRUJILLO, 2011).

La cuestión del sujeto de la lucha feminista nos hace preguntarnos por un «nosotras», o «nosotres», que implica unas otras, otras. ¿Quiénes somos o son esas «nosotras»? ¿Y quién o quiénes las definen? Más que definir quiénes son mujeres y quiénes no (con la violencia que, además, eso implica), y lo mismo con los varones, podríamos pensar qué es lo que nos une en el feminismo: ¿es la biología o son los objetivos compartidos? El relato sobre la diferencia sexual está asentado en el presupuesto de que existen dos entidades biológicas (sexos) cerradas y discernibles claramente entre ellas, dicotómicas. Pero este no es el único relato, como sabemos, hay otros que han analizado la existencia de un *continuum* o espectro sexual, más allá de esos binarismos (los trabajos de Anne Fausto-Sterling o de Donna Haraway, entre otros).

Ya en 1990 Judith Butler cuestionó en *El género en disputa* la idea de que el sexo es algo natural, mientras que el género se construye socialmente, al explicar que la naturalización del sexo se ha configurado dentro de la lógica del binarismo de género. No es que el cuerpo no sea material, sino que accedemos a esa materialidad a través de una «lente», un imaginario social, todo un conjunto de discursos, prácticas y normas sociales sobre los cuerpos. Esta desesencialización del sexo y el género supuso un cuestionamiento de la categoría «mujer» o «mujeres»: más que un sujeto colectivo dado por hecho es un significante político. En nuestro contexto actual, ¿por qué esta obsesión ahora con delimitar los límites –otra vez– del sujeto del feminismo? No es casualidad que esto suceda cuando ha habido varios borradores de leyes que debatir, como el de la denominada «Ley trans» aprobada recientemente⁸. Pero ¿cuál es la «dirección» en el proceso entre sujeto y agendas políticas? ¿Delimitamos el sujeto político y de ahí se derivan las reivindicaciones políticas? O es al revés, ¿decidiendo cuáles son las demandas (re)definimos el sujeto o los sujetos políticos? Son nuestras apuestas políticas las

8. Ley 4/2023, de 28 de febrero, para la igualdad real y efectiva de las personas trans y para la garantía de los derechos de las personas LGTBI.

que (re)generan esa categoría del «nosotras» o «nosotres», no hay una identidad previa a la acción colectiva (TRUJILLO, 2008).

El problema es a quiénes, de nuevo, se deja fuera: esto nos recuerda a cuando «las otras» (negras, lesbianas, trans*) se levantaron y dijeron basta al feminismo blanco, hetero y de clase media. Una de las preguntas centrales aquí es: ¿si abrimos el sujeto pierden fuerza las demandas feministas? No, se amplían, se complejizan. La lucha contra las violencias del cisheteropatriarcado nos sirve aquí para ejemplificar esto: esta batalla, que parece no tener fin, no pierde ni un ápice de importancia o fuerza porque pensemos en cómo la sufren otros sujetos, *además* de las mujeres heterosexuales: las mujeres trans*, las lesbianas, las bisexuales y otros sujetos feminizados.

RETOS ACTUALES

Los activismos feministas, cuir, antirracistas... vienen desbordando desde hace tiempo las políticas identitarias (y al sujeto hegemónico de la izquierda, el obrero blanco, masculino, heterosexual), al movilizarnos no tanto en función de una identidad previa como de unos objetivos compartidos. En estos tiempos de crisis continuada del sistema capitalista, de pandemia global, colapso ecológico y avance de las fuerzas neoconservadoras, necesitamos seguir pensando más en esos objetivos comunes que en identidades fijas, en alianzas y coaliciones de luchas, aunque sean puntuales, y en seguir fortaleciendo nuestras comunidades político-afectivas.

Las políticas identitarias funcionan compartimentando las movilizaciones y las demandas: el aborto es una lucha del movimiento feminista, la despatologización trans es de los colectivos trans*, y así sucesivamente. La realidad social es, sin embargo, más compleja. Si analizamos el tema del trabajo sexual, por ejemplo, difícilmente podemos separarlo de las mujeres trans, ya que el primero es, en muchas ocasiones, una forma de supervivencia para estas mujeres. Estas demandas (aborto, despatologización trans, trabajo sexual), por otra parte, comparten muchos elementos entre ellas, como la autonomía corporal y decisional: nuestros cuerpos son nuestros y queremos decidir qué vidas queremos vivir.

Nuestras demandas y luchas feministas y *queer/cuir*, transfeministas, transmari-cabollos, no tienen, por otra parte, nada de «marginales» o «particulares». Además, como ya explicaron las lesbianas negras y las chicanas en los años ochenta, no podemos pensar la clase, la raza, la etnia, la sexualidad, etc., en función de una jerarquía, ni tampoco por separado. Este desbordamiento o ampliación desde los márgenes del sujeto de las luchas y de las políticas identitarias ha sido clave en el éxito movilizador de los feminismos de los últimos años. Actualmente, el sector excluyente del movimiento feminista argumenta que esta ampliación del sujeto del feminismo supone el «borrado de las mujeres»; al mismo tiempo, y este es todo un reto que nos plantea el ámbito legislativo, al diseñar propuestas como la

relativa a la autodeterminación de género (la conocida como «Ley trans») hemos vuelto a pensar en sujetos e identidades menos fluidas.

En estos últimos años, nos hemos concentrado mucho (y con razón) en los peligrosos ataques por parte de grupos religiosos y antiderechos que hablan de «ideología de género», pero es importante que tengamos presente que estos discursos de odio también están viniendo del sector excluyente del feminismo, y que ambos movimientos tienen unas posiciones cada vez más cercanas. El feminismo transexcluyente está defendiendo unas ideas muy similares a la derecha conservadora e incluso la ultraderecha, como sucedió en los años ochenta durante las *sex wars* en Estados Unidos con el tema de la pornografía: un sector feminista, que defendía la censura, se alió con posiciones conservadoras⁹. El rechazo a los planteamientos cuir, transfeministas, tiene que ver con que suponen una crítica a un feminismo institucional, blanco, que no deja paso, que instrumentaliza la lucha para conseguir réditos electorales (y de otros tipos) y que ahora se revuelve para defender sus privilegios (de clase, entre otros). Es un enfrentamiento por la hegemonía en los feminismos, por el relato. Es toda una guerra al feminismo autónomo, de base, que está en la calle más potente que nunca (o *estaba*, en pasado, si lo seguimos dinamitando desde dentro).

Las teorías *queer* nos han brindado herramientas para pensar en clave interseccional, para hacerlo más allá de los binarismos y para habilitar espacios para esas «otras»; difícil echar esto atrás ahora, por no decir imposible. Intentar, además, enfrentar a movimientos (el feminista frente al LGTBI+ *queer*) no es nada estratégico y menos en el contexto actual de reacción conservadora. El feminismo es la casa de todas, de todes, o no es. Su éxito movilizador en los últimos años tiene que ver con haber ampliado el sujeto de nuestra lucha, las demandas feministas, con pensar y actuar en clave interseccional, con articular alianzas, con empatizar, con estar al lado les unes de las otras y viceversa, escuchando, sin robar la voz ni victimizar ni violentar a nadie. El feminismo tampoco tiene una tradición punitivista; ojo con defender estas ideas que nos pueden acabar haciendo un flaco favor.

Actualmente, nos encontramos frente a una reacción cisheteropatriarcal, a escala global, contra los avances de la lucha feminista, LGTBI+, *queer*, migrante y antirracista. Nuestras resistencias, por otra parte, cada vez tienen más carácter internacionalista (GAGO, 2019). Estos últimos años hemos aprendido mucho colectivamente, sobre nuestras vulnerabilidades y sus potencialidades políticas. En el momento actual de avance de los sectores neoconservadores, con el neoliberalismo agudizando las desigualdades, no deberíamos dividirnos y debilitarnos, sino, como escribió Audre Lorde, reconocer y celebrar nuestras diferencias. Los discursos de odio no son tolerables, vengan de donde vengan. Retomemos el diálogo más allá

9. Sobre esta cuestión se puede leer *Placer y peligro: explorando la sexualidad femenina*, la compilación de Carole Vance que recogía las posiciones denominadas antisexo y prosexo en la década de los ochenta en Estados Unidos (esta traducción al castellano se publicó en 1989).

de broncas partidistas (como la de Unidas Podemos y el PSOE, actualmente en el Gobierno) y de batallas por la hegemonía en el feminismo. Por todas y todes: las que fueron, las que estamos y las que vendrán.

REFERENCIAS

- BUTLER, Judith (1990): *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, Nueva York, Routledge.
- CALVO, Kerman y Gracia TRUJILLO (2011): «Fighting for love rights: claims and strategies of the LGTB movement in Spain», *Sexualities*, vol. 5, n.º 14, pp. 562-579.
- COLLING, Leandro (2019): *Que otros sean lo normal. Tensiones entre el movimiento LGTB y el activismo queer*, Madrid, Egales.
- FERNÁNDEZ, Sandra y Aitzole ARANETA (2013): «Genealogías trans (feministas)», en M. SOLÁ y E. URKO (eds.): *Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos*, Tafalla, Txalaparta, pp. 45-58.
- GAGO, Verónica (2019): *La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- GALINDO, María (2013): *No se puede descolonizar sin despatriarcalizar*, Bolivia, Mujeres Creando.
- LORDE, Audre (2003): *La hermana, la extranjera*, Madrid, Horas y Horas.
- SAXE, Facundo (2015): «Chicana, lesbiana y queer: Gloria Anzaldúa como pionera y precursora de la teoría queer», *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, n.º 22, pp. 37-51.
- SMITH, Barbara (1983): «Introduction», en *Home Girls: A Black Feminist Anthology*, Nueva York, Kitchen Table: Women of Color Press, pp. xi.
- SOLÁ, Miriam (2013): «Pre-textos, con-textos y textos», en M. SOLÁ y E. URKO (eds.): *Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos*, Tafalla, Txalaparta, pp. 15-27.
- SPIVAK, Gayatri (1987): *In Other Worlds. Essays in Cultural Politics*, Nueva York, Methuen.
- TRUJILLO, Gracia (2008): *Deseo y resistencia. Treinta años de movilización lesbiana en el Estado español, 1977-2007*, Madrid, Egales (reeditado en 2021).
- TRUJILLO, Gracia (2011): «Del sujeto político la Mujer a la agencia de las (otras) mujeres: el impacto de la crítica queer en el feminismo del Estado español», en *Política y Sociedad*, vol. 1, n.º 46, pp. 159-170.
- TRUJILLO, Gracia (2022): *El feminismo queer es para todo el mundo*, Madrid, Catarata.

.....

GRACIA TRUJILLO BARBADILLO es doctora en Sociología, profesora en la Facultad de Educación de la Universidad Complutense de Madrid y activista feminista *queer*. Autora de *Deseo y resistencia. Treinta años de movilización lesbiana en el Estado español, 1977-2007* (Egales, 2008, reeditado en 2021), y *El feminismo queer es para todo el mundo* (Ed. Catarata, 2022), entre otras publicaciones.